

Marie Laffranque, «Poeta y público», publicat al número de la revista *El público* dedicat a l'obra homònima de Lorca

El personaje solo, único e íntegro por excelencia, podría coincidir con la figura de Cristo. ¿Quién puede asemejarse más a él? Nos lo muestran en el lecho giratorio del teatro. Alternan su agonía, mientras matan a Romeo y Julieta, un Desnudo Rojo — como el Niño/Amor—, coronado de espinas azules, y el Hombre I, Gonzalo, con su inmutable traje negro. La mezcla humorística —no cómica ni tampoco irónica—, con la que se trata esta agonía, aumenta su insólito carácter paradójico. La hace desembocar en una candente modernidad y en la inmensidad del tema —el Amor— planteado por Lorca, en la crisis común que esa agonía ilumina en toda su profundidad, y, sea cual fuere la suerte, desde la perspectiva de una revolución radical para todos, que se produce en todos los niveles y bajo todos los aspectos, aunque sea, antes que nada, espiritual. El cuadro VI concluye con un efecto de magia que propone un *no* definitivo a esta cuestión embarazosa: juegos de manos del Prestidigitador que sólo hace posible la tímida imperfección del amor de Gonzalo, junto con la debilidad y el egoísmo que han permitido que el Director sobreviviera, huyendo del desastre. La imagen del crucificado y la que le resulta inseparable, la de una redención revolucionaria, son demasiado frecuentes y fundamentales en *Poeta en Nueva York*, demasiado explícitas, como para que sea necesario insistir en ellas. «El hombre desnudo con las venas al descubierto», que avanza con los brazos en cruz y como «por secuencias cinematográficas» en *Viaje a la Luna*, en contraste con los tres hombres que visten abrigo y buscan su camino en medio de la cruel soledad de la ciudad, es la imagen patente de aquella desesperada función a la que Lorca siempre se vio condenado y que terminó por asumir: se percibe una tregua en la alegría de su escala en La Habana. Sin embargo, el poeta, al expresar un deseo extensible a todos los seres humanos, pero también muy concreto y personal, se identifica con la pareja de estudiantes que sale corriendo para amarse libremente en la montaña, mientras los otros tres terminan regresando a la universidad de la «geometría descriptiva» y disciplinaria.

El público

La claridad de su presencia, la resonancia póstuma de su obra, el mismo descubrimiento de *El público* y la nueva luz que ilumina hoy los versos de *Poeta en Nueva York*, justificarían sin duda la irresistible objeción de la Figura de Pámpanos entregada al Emperador: La Máscara terminó por matar al poeta, pero en realidad «lo tiene, porque nunca lo podrá tener». Lorca ya no está, él que tanto terror tenía a la muerte. Nosotros debemos, de acuerdo con su propia fórmula, «mirar de frente» tanto su muerte como su vida. Su muerte sigue siendo un mal y una desgracia sin consuelo ni remedio, entre millares de asesinatos. Su obra inconclusa es un testimonio elocuente de la cosecha que él mismo pudo esperar, y no recogió.